

PATRICK JOHANSSON. *Ritos mortuorios nabuas precolombinos*. Colección Portal Poblano. Puebla: Secretaría de Cultura del Gobierno de Puebla, 1998.

ROBERTO ANDRADE ECHAURI
Universidad Nacional Autónoma de México

POETA, NARRADOR, nahuatlajo, todas esas características se integran en la persona de Patrick Johansson. Hace años tuve la suerte de que un amigo me regalara *Voces distantes de los aztecas* y, más tarde, *Flor sin raíz*. Libros profundos, pensados muy a la francesa, cargados de contenido a veces tan profundo que muchos no doctos en la materia comprendemos con esfuerzo o pasamos por ellos sin tener clara conciencia de lo leído. Ah, pero hay algo más, por regla general inexistente en otros libros de la misma categoría: al terminar el último párrafo de la página postrera, todo el contenido se integra y hasta las palabras poco usuales toman su cabal significado y el rompecabezas se completa.

Éste es el caso de *Ritos mortuorios nabuas precolombinos*. Se trata de una obra de largo aliento —como diría un afrancesado comentarista—. Al recorrer sus capítulos recordé aquel extraordinario filme *Orfeo*, de Jean Cocteau. ¿Por qué asociar una película con un libro, con una tesis tan brillante? No es difícil explicarlo si uno se ha metido en los fotogramas del arcaico y artístico celuloide de la misma manera como lo hice en los renglones de los *Ritos mortuorios*. Orfeo es un poeta que vive enamorado de la muerte, como Johansson; Orfeo recibe mensajes de un más allá ubicado en el más acá, igual que Johansson; Orfeo canta y su voz se queda vibrando en el aire, tal cual sucede con la presente obra de Johansson; Orfeo se ve en blanco y negro, exactamente igual que el concepto cosmogónico de la muerte se nos presenta en el libro de Johansson.

Y a propósito del claroscuro nocturno-matutino, hace tiempo tuve la peregrina idea de que el hombre únicamente es capaz de captar y enten-

der el uno y el dos, dualidad manifiesta en nuestro entorno por todo cuanto nuestros sentidos perciben: muerte-vida, sombra-luz, noche-día, guerra-paz, amor-odio, y por ello el número tres, incomprensible e inexplicable, queda reservado para las cosas sagradas. De ahí la Trimurti india, las tres revelaciones de Siddartha, la Trinidad cristiana y muchos etcéteras. Por esa razón, cuando leí en Johansson su comentario a *La creación del hombre* en la versión de *La leyenda de los soles*, me quedé casi pasmado por la coincidencia manifiesta cuando el nagual de Quetzalcóatl —refiriéndose a los huesos de jade en poder de Mictlantecuhtli— repite tres veces “los vendré a dejar”, y anuncia con ello que la Serpiente Emplumada imperativamente tendrá que dejar los huesos de los hombres en el Mictlán, renunciando así a la inmortalidad del individuo. Con esta actitud establece la muerte como único fin del ser humano y el remate de su existencia, de su *estar fuera*. Quise entender la función divina de ese trascendental enigma, similar al de la esfinge, pero con proyección escatológica, como una coincidencia del pensamiento nahua con el europeo y el asiático, lo que llamé hace años un *patrón universal de pensamiento*.

La mención de Quetzalcóatl no fue casual. Con toda intención quise comenzar por él, puesto que es el principal héroe cultural y cultural de Mesoamérica y, en el caso presente, se trata de quien formaliza las exequias reales entre los nahuas y establece los rituales fúnebres como representación de sus mitos cosmogónicos. Y éste es uno de los puntos más interesantes del estudio de Johansson, pues buena parte de los mitos de todos los pueblos en cualquier latitud y longitud de la Tierra han perdido su significación y sólo nos queda el rito para tratar de conocer y comprender cómo eran, en qué pensaban, cuáles dioses poblaban sus almas, y el autor de este intrincado trabajo nos lleva de la mano con su lógica a un mundo insospechado, no obstante tenerlo frente a nosotros, pues a pesar de la conquista, el virreinato, las guerras prácticamente continuas desde la independencia hasta la paz posrevolucionaria, a lo largo y ancho del país hemos sido testigos de las representaciones tradicionales de tantos ritos que sólo son vestigios de una magia simpática, según muchos antropólogos despistados. Cierto es también el hecho de haberse

efectuado un sincretismo mestizo por afinidad entre la religión autóctona y la de sustitución traída por los conquistadores, con lo cual se hace todavía más difícil establecer con claridad qué es lo auténtico y qué lo mistificado.

Sabido es que nuestros pueblos tienen festividades espectaculares, ceremonias llenas de colorido, y otras sombrías, pero extrañas por igual. Tan es así que muchas de ellas han sido ubicadas en el folklore exclusivo para turistas o como pretexto para que los seguidores de algunas creencias exóticas hagan de ellas una farsa seguida, desdichadamente, por una gran cantidad de personas ansiosas de encontrar alguna razón a su hueca existencia. Para mayor tragedia, una buena parte de esos rituales son incomprendidos y muchas veces nos tenemos que conformar con explicaciones tiradas de los cabellos.

En este *mare magnum*, Patrick Johansson como *chouan* atravesando La Mancha sortea temporales y corrientes traicioneras y nos brinda un punto de vista ya esbozado en sus obras anteriores, pero ahora más profundo y completo, más allá (o más acá, como se quiera) del estructuralismo de Lévi-Strauss.

He aquí una interpretación bella, podría decirse poética, tomada de *El origen del hombre*, donde se explica cómo éste inicia su ciclo vital en la espacio-temporalidad de Mictlantecuhtli y gesta su existencia en los dominios del dios de la muerte; por ello, habrá de surgir del polvo de los huesos de jade rociados con la sangre que brotó del pene de Quetzalcóatl. Sacrificio sangriento de una divinidad para dar la vida al hombre. ¿Alguna semejanza? Tal vez un nuevo *patrón universal de pensamiento*.

Otro mito rescatado nos habla de cómo un caracol del Mictlán fue agujerado por los gusanos y, gracias al orificio hecho, *La Serpiente Emplumada* pudo soplar en él y emitir los sonidos primigenios que oyó Mictlantecuhtli y por ellos permitió al dios de la luz crear la vida a partir de su aliento; pero al negar la eternidad a los humanos hizo que los cantos y la música así creados se convirtieran en sonos mortuorios —“mortajas vocales del difunto”, es la metáfora empleada por Johansson— repetidos hasta nuestros días en los funerales de los miembros de las

comunidades de habla nahua. Y no para ahí la cosa: el chalchihuite o jade representa un principio *generativo y regenerativo*, por lo tanto, debe ponerse una preciosa piedra verde en la boca del cadáver de un noble antes de ser incinerado, con lo que se asegura la regeneración en su misma muerte. A mi manera de ver, esta interpretación tiene más hondo significado que las ofrendas monetarias puestas en ojos, boca o pecho del finado con el propósito de pagar al barquero encargado de llevar las almas a la orilla frontera, según las creencias de otros pueblos antiguos.

De la misma manera, el agua —eterna y universalmente considerada factor femenino— se torna sangre masculina (agua de lluvia), sangre fértil del sacrificio, y lo mismo sucede con el llanto de Quetzalcóatl cuando tropieza y cae en el hoyo mandado cavar por Mictlantecuhtli para que aquél no se llevara los huesos de jade, y estas lágrimas, sin duda alguna, manaron por la frustración del objetivo principal del numen luminoso: la inmortalidad para sus criaturas.

La muerte, lo desconocido más allá de la vida, un destino con premios o castigos, un camino para llegar al lugar del reposo eterno o al viaje perpetuo lleno de amenazas y peligros inesperados, es un misterio fascinante cuyos sentido y razón de ser sólo son explicables por la fe. Y he aquí un punto crítico al emprender esta clase de estudios: para captar cabalmente el misterio es preciso creer en la existencia del alma y de un algo *post mortem*. Me atrevo a pensar en el desconcierto de los buenos frailes misioneros al llegar a estas tierras y tropezar con algunas ideas fácilmente conciliables con su religión y, en contraste violento, otras muy difíciles de comprender para ellos, educados en una fe distinta. Por muy buena voluntad que hayan puesto en sus comentarios a lo visto y escuchado sobre las costumbres y tradiciones de los pueblos recién conquistados, me resulta difícil aceptar sus dichos como algo totalmente certero. En algunos casos es evidente la interpelación de ideas cristianas; por otra parte, no han faltado antropólogos románticos e idealistas, defensores del sueño de pueblos considerados modelo de cultura y civilización, sociedades amantes de las ciencias y las artes, pacíficos moradores de tierras idílicas totalmente alejados de las guerras y cualquiera otra forma de derra-

mamiento de sangre. Recordando a Juan Jacobo Rousseau, se puede pensar que su idea del noble salvaje les hizo un daño irremediable.

El estudio de estas creencias debe obedecer a la aplicación de una lógica implacable, producto del conocimiento profundo del pueblo que las creó. Y esta es la actitud de Patrick Johansson. Sigue rigurosamente el proceso de análisis, ubicación en el tiempo y el espacio de las etnias nahuatlacas, hace una comparación de lo más reciente con lo más remoto, confronta la luz y la sombra contenidas en los mitos con su materialización en rituales y el consecuente establecimiento de hipótesis razonables que, en ocasiones, su modestia no le permite proclamar como verdades absolutas.

Vida y muerte, fuego inicial y fuego final, regeneración ígnea, sustento sangriento para mantener la existencia. Varias formas de lograr el objetivo nahua: un solo destino para el príncipe, el guerrero, el pochteca, el macehual, la mujer muerta de parto; final físico para el ahogado, el sacrificado, el fulminado. Cantos y lamentos fundidos en ese hermoso difrasismo *in xócbitl in cuícatl* que en todo tiempo ha caracterizado a los verdaderos vates: los únicos capaces de entrever lo invisible y de recorrer el denso telón que oculta el misterio del amor, la vida y la muerte.

Este *Ritos mortuorios nahuas precolombinos* de Patrick Johansson es un libro difícil en el que el autor nos lleva de la mano por un azaroso sendero en busca del sentido de la existencia emanado del espíritu del Anáhuac. Difícil, sí, por la tremenda complejidad del tema, pero recorrido con la lógica del estudioso a la europea: reflexivo, razonable y tenaz. Estas son virtudes poco frecuentes, y si a ellas se agrega el temperamento y el sentir del poeta, el resultado es un libro compacto, sólido. No es lógico pensar que se haya quedado algo en el tintero del autor. Pero es de desearse porque ello daría origen a una segunda parte más rica y esclarecedora.